

## E IS3

### A la orilla del otoño. Novela de Marta Torres F.. Docs.21

Relato de Marta Torres que aborda la temática de la bisexualidad y el lesbianismo a partir de una historia basada en un triángulo amoroso entre dos mujeres y un hombre.

Clave expediente E IS3

Fondo I

Volumen

Año de publicación 0

Año final 0

Sección temática 0

Serie geográfica 0

Sección relacionada

Serie relacionada

Observaciones Documento mecanográfico.

Fuente

Marta Torres F.

1

## A LA ORILLA DEL OTOSO

Han pasado más de diez años desde la última vez que vio el reclamo dibujado en esa mirada oscura y penetrante. Era una mujer atractiva, apasionada, desbordante. Todo empezó un viernes por la noche, que se reunieron para cenar en un lugar medio escondido en Tlalpan. Hubo un momento en el que, al observar sus labios y tocar su mano, subitamente entendió porqué Javier se había casado con ella. Fue algo muy extraño, como si mentalmente reconciliara dos aspectos que nunca habían estado reñidos.

Ese fue el inicio: una mirada de complicidad a través de las copas de cristal, una sonrisa que iba más allá de las palabras y el contacto de una mano cálida y firme.

Aun ahora, después de tanto tiempo, le cuesta trabajo atreverse a recordar lo que ocurrió después. A veces las escenas se colaban entre pesadillas que desembocaban en un insomnio agobiante y devastador. Fue el infierno.

\* \* \*

No sé qué sucedió ayer. Hacía años que no tenía una sensación así. Platicamos durante horas y la verdad es que yo no quería despedirme. Es más, quería tener algún contacto físico pero no hubo respuesta. Cómo decirlo... voy a cumplir treinta y cinco años y me siento adolescente. ¿Qué pensaría Javier de todo esto? No dejo de pensar en él tampoco. Mi hermana dice que Javier es como mi papá. Quizás tenga razón. A veces me molesta que trate de cuidarme todo el tiempo, exactamente como si fuera su hija. Pero a veces es muy cómodo también.

Bueno, ¿y qué pensará Sara? Qué extraño que me haya ofrecido su chamarra cuando era evidente que nadie tenía frío. Acepté, por supuesto, porque así tengo un pretexto para volver a su casa. Eso quería ella, estoy segura. En realidad no quedamos en nada.

Ayer me di cuenta de que es guapa, lo que pasa es que nunca se arregla. Parece que se pone exactamente la ropa que le queda

ella; nunca la he visto pintada ni con aretes. Podría verse bastante mejor, pero no me atrevo a decirselo. Cuando nos despedimos me abrazó y me dio un beso en la comisura. Todavía siento el escozor.

Ayer en el restaurante hubo un momento en que me tenía embebida en su conversación. La escuchaba con la boca abierta, como si sus anécdotas fueran tan originales. ¿Qué me estará pasando? Nunca me había sentido entusiasmada por ver a una mujer.

Es amiga de Javier y eso es importante. Al principio tenía muchos celos de ella, cuando llegó a la oficina. Javier me hablaba tanto de su inteligencia y de lo que él llamaba "talento femenino" que llegué a detestarla.

Pero ahora me parece todo tan lógico; hasta puedo entender que Javier se haya enamorado de ella. El nunca lo reconoció, por supuesto, pero a mí me parecía evidente... y moría de celos y de rabia.

Por eso cuando nos fuimos a Campeche descansé un poco. Por lo menos allá lo tenía sólo para mí. Sara ya no trabajaba con él y casi no se veían. Además ella vivía con otra mujer y eso también me tranquilizaba. Cuando llegó su primera carta mis dudas acabaron de disiparse. Me dio mucho gusto que nos escribiera a ambos y que no hubiera nada personal para Javier. Todas las demás cartas me las dirigió a mí. Y los detalles que ha tenido con mis hijos... tan desinteresados.

Ayer llegamos a su casa casi a medianoche. Espero haber sabido disimular mi intención de fijarme en todo. No sé qué esperaba encontrar, pero en todo caso salí más o menos con la misma curiosidad. Como cuando uno llega a una cena y sabe que la imagen de la casa es la que corresponde a la cena, pero no es la de todos los días. No podría definir así la casa de Sara. No era un sitio arreglado como para una cena, pero no había el desorden de un lugar en el que se vive. Y había dos cepillos de dientes; o sea que a lo mejor tiene un amante. Entré a la recámara pero no me atreví a abrir el closet, porque pensé que haría mucho ruido. He muerto de curiosidad.

No sé si todavía es muy temprano para llamarla.

Antes de despertar pensé que estaba viviendo una etapa de encuentros y reencuentros. Fue tan agradable esa primera velada con Blanca, que me pareció casi irreal estar ahí, conviviendo con la esposa de Javier.

¡Qué mujer! Nunca me imaginé que tuviera tanta riqueza. Las historias se mezclan desordenadamente y yo no dejo de sorprenderme. En verdad que es atractiva.

Yaquí estaba, caminando de un lado a otro de mi cuarto, hablándome de su niñez y la veneración incommensurable que todavía siente por su madre. Y a mí que siempre me pareció más o menos una bruja.

Y toda esa maraña de afectos y rencores entre los hermanos; más bien entre las hermanas, Mario es como una sombra borrosa en el inventario familiar, en todo caso el único que parece salvarse de ese ánimo insufrible de poseerlo todo, empezando por la atención desafiante de la madre.

Observaba sus manos y su cuerpo. Quiero un momento de silencio para tocar su rostro. Ya no quiero escuchar esas historias. Siento el deseo que avanza y se desliza por el cuarto. La interrumpo abruptamente con un movimiento que la hace titubear y luego callarse. Beso su boca con avidez. No me importa su tensión ni su miedo. Me responde con una fogosidad que hasta me asusta. Las caricias flotan con suavidad por un espacio que resulta demasiado breve. Súbitamente se detiene, se levanta para acomodarse la blusa y peinarse ... y se despide. "Javier debió haberse casado contigo y no conmigo. Tú sí lo habrías hecho feliz."

No habra pensado en él. Javier era lo que se llama un amigo de toda la vida. Lo conocí cuando tenía catorce años y él

veinticuatro. En algún momento quiso iniciar un romance que nunca cristalizó, pero cerca o lejos en el espacio, de alguna manera nos hemos mantenido unidos. En una época me hablaba mucho de su vida, de su esposa, sus hijos y cómo le aturdió la presión de la familia. Blanca aparecía en sus relatos, algunas veces como la mala del cuento, otras como la mujer ingenua y candorosa a quien él tenía que proteger y otras más como una presencia indefinida que se habría cruzado inexplicablemente por su vida. Aunque nunca quise juzgarla, sentía curiosidad por saber qué pasaba con ella, qué sentía, qué pensaba. Si eran tan distintos como parecían ¿qué hacían juntos? ¿cómo vivía ella la relación? ¿y qué esperaba de un hombre tan inestable como Javier, que siempre andaba de viaje?

Quizá por esas ausencias y por otras razones mucho más subjetivas e inexplicables fue Blanca la que contestó mis cartas durante esos años de distancia. Escribía con regularidad y contaba cosas de su cotidianidad y sus expectativas inmediatas, pero hablaba poco de sus emociones. Yo leía sus cartas con gusto, pero aún no imaginaba el romance que ya se gestaba.

Y ahora Blanca me hace confidencias inexplicables y deja esa frase flotando en el aire. Ya es inevitable analizar lo que está sucediendo. No me pasa inadvertido que estoy incursionando en un terreno peligroso. Hace tanto que no veo a Javier que no sé qué pueda pensar de todo esto. Es mi amigo y no quiero lastimarlo, pero tampoco puedo imaginar el rumbo que tomarán las cosas. Pensé que sólo sería una aventura erótica y que Blanca decidiría si contárselo o no, pero las cosas parecen avanzar y yo no me muevo...

Me pregunto qué significará todo esto para ella. Porqué me habla tan insistentemente, porqué a cada momento me pregunta si la quiero, porqué me interroga sobre no sé cuántas hipotéticas amantes que me ha inventado, porqué... porqué... y yo ahí, sin entender su pasión telefónica y sin saber qué responder ni cómo cortar.

Pero cuando deja de lado esas trivialidades y simplemente conversamos, entonces me seduce con su personalidad fuerte y

perturbadora. Y deseo que no exista nada más que esos labios sensuales que se entregan cuando el miedo tolera ciertos intervalos. Yo también tengo miedo, tengo miedo de decirle cuánto la quiero.

Es la primera vez en años que Blanca no me recrimina que prolongue mi viaje dos semanas. Ni siquiera me reclamó que no esté en México para su cumpleaños. Tenía temor de que estallara su coraje y ahora me preocupa su silencio. Trece años de matrimonio y siento que aun no la conozco del todo. Me molesta esta inseguridad, no me deja concentrarme en el trabajo y ahora quiero terminar lo pronto para regresar.

Después de hablar con ella me acordé del maestro Rangel. Simplemente desapareció del mapa cuando se enteró de que su mujer tenía un amante... un amigo de él, por supuesto..., y también por supuesto se sintió herido, traicionado, burlado. A ese pobre viejo no van a encontrarlo nunca. Y yo sólo pensé en lo absurdo que parecía creer que su mujer tenía un cinturón de castidad. Qué distintas se ven las cosas desde fuera... Me molesta la asociación y no puedo evitarla. Estoy tenso, enojado, me carcome la incertidumbre y además los celos.

No me imagino con quien puede andar Blanca, si es que anda con alguien... pero si no es así ¿porqué le dio gusto saber que no voy a estar allá en dos semanas? No es que le haya dado gusto, pero en todo caso no le molestó, no me dijo nada, NADA.

Me siento avergonzado de cómo me siento. Durante años he peleado un esquema de independencia en mi matrimonio y ahora que Blanca responde como siempre quise, simplemente no lo tolero.

Tengo que estar tranquilo. Blanca siempre me ha dicho que no le gusta el sexo, que hacer el amor no es para ella. Y yo me preocupaba y hasta me desesperaba a veces, pero ahora pienso que

en el fondo me gustaba eso, me hacía sentir tranquilo y seguro. Si no le gusta el sexo entonces sólo lo tiene conmigo que soy su marido. Cada quien esconde su machismo como puede hasta que ya no se puede. No puedo creer que me siento furioso y no hay motivo; aparentemente no lo hay. Mejor le llamo esta noche y aclaramos las cosas. Sí, seguro que no habrá problema.

No sé si me arrepiento o no de haberle contado lo del accidente. Le dije muchas cosas que casi a nadie le cuento. Y lo peor es que estaba tan metida en mis propias historias que ni siquiera observé la expresión de su cara. No me preocupé que sea discreta; confío en eso. Mi preocupación va más allá. Tal vez ahora piensa que estoy loca, o me va a sugerir que entre a terapia, como hace todo mundo. Me saca de quicio que la gente piense que un simple psicólogo que ni me conoce pueda determinar mi vida o darme consejos para que me sienta mejor. Como el estúpido ése que con haber "platicado" conmigo dos o tres veces estableció, de manera contundente además, que no era recomendable que viviera en casa de mi mamá. ¿Qué podía saber él de mí o de lo que me pasaba? ¿Con qué objeto me castigaba de esa manera si sólo había sido un accidente? Pero cuando ocurrió y el tío Joaquín me miraba atónito, pasmado, mi mamá no dejaba de abrazarme y besarme la cara. Yo sabía que algo había estado mal, que se enmaría un lío y que sólo la tenía a ella.

Todos los primos teníamos la misma curiosidad por las cosas del abuelo. Era un cuarto como suelen describirse los cuartos de los abuelos: más bien oscuro, con un largo escritorio de madera lleno de cosas. Los cuadros de marcos labrados, las fotos viejas y los libros polvosos, amarillentos. Al fondo, junto a la ventana, guardaba su llavero de piel. No sé porqué pensé que podría hacerlo sin que nadie me descubriera. Tomé las llaves del

auto que tanto cuidaba él y pensé que algún día, cuando no hubiera nadie, podría sentarme al volante, igual que hacía él. Todo lo demás resultó de lo más simple. Encendí el motor y arranqué. Ni siquiera recuerdo cómo sucedió; era un juego, solamente un juego... alcancé a escuchar un grillo y luego el estrépito de vidrios y fierros. La calle pronto se llenó de gente y me abrazaban, me consolaban como si estuviera sufriendo, pero yo sabía que había hecho algo malo. Obviamente ni mi mamá ni yo fuimos al funeral. Me llevó años entender lo terrible que puede ser un accidente como ese.

Hacia mucho tiempo que no lo comentaba con nadie. Era algo así como un secreto de familia, una de esas cosas que nadie sabe cuánta gente conoce, pero sobre las que hay un pacto tácito de no traer jamás a la conversación. Espero que Sara no toque nunca este punto, porque voy a sentirme muy agredida. Y que nunca se lo diga a Javier.

Me gustó que me abrazara. Siempre que me abraza me siento feliz, y me encanta también cuando nos besamos, hasta que se atraviesa Javier en mi mente y entonces solamente pienso en huir, y sé que ella no lo entiende, pero lo respeta. No le queda otra.

Apenas llego a la casa y siento la ansiedad de llamarle. Quiero verla y al mismo tiempo me da miedo, me angustia esta atracción que cada vez es más fuerte. Y sé que no es posible pensar sólo en una amistad. A veces salimos a comer o al cine, vamos a algún bar o a caminar en un parque y yo me siento bien, pero sé que ella está esperando algo más, que para ella hacer el amor es algo necesario, fundamental, y a mí la verdad es que no me llama la atención.

¡Qué necesidad, carajo, qué necesidad! Llegué a mi oficina a las 10 de la mañana y encontré cuatro recados de Blanca. Qué exageración. Apenas me había sentado cuando el teléfono sonó de

nuevo. No entiendo que tengo muchas cosas que hacer que para mí son importantes y que en todo caso no puedo, literalmente, colgarme del teléfono tres cuartos de hora. Me siento perseguida, acorralada. Ahora entiendo lo que sentía Javier. Y seguro que ya es del dominio público. Me imagino a mi secretaria, a los muchachos de contabilidad y aun los del conmutador intercambiando sonrisas cada vez que me pasan la llamada de la maestra Enriquez.

A veces me cansa con sus pretensiones pequeñoburguesas, su obsesión por el dinero, la ropa, el consumo en general. Ahí no tengo nada que decir y lo único que se me ocurre es desconectarme. Ya estoy instalada en una relación clandestina, aburrida, presionante y sin futuro. Carajo, si yo sólo quería hacer el amor con ella y pasarla bien. Y si sólo es deseo, entonces ¿qué hago ahí? ¿porqué no me salgo de ese círculo absurdo de concesiones y rechazos? Tampoco la cama es algo excepcional, ni siquiera medianamente bueno. De plano que mis dos neuronas están desconectadas; una hace tierra permanentemente y la otra está ligada al vacío.

Cada día se suman nuevos conflictos, entre la familia avasalladora, el inminente regreso de Javier, los avatares escolares de los muchachos y la incertidumbre de lo que ella llama "lo nuestro".

Al principio pensaba que yo la seducía, que las iniciativas eran mías y que ella iba cediendo paulatinamente. Había tenido algunas fantasías eróticas con ella y siempre supuse que se quedarían ahí, en el terreno de las fantasías. Por eso la primera vez que hicimos el amor pensé que todo había terminado. Para mí eso habría sido genial, pero evidentemente para Blanca la historia apenas comenzaba.

Me pregunto si ella habrá fantaseado algo. Diría que no, seguramente, pero yo estoy casi segura que muchas veces se le había antojado tener algún acercamiento físico con una mujer. Ahora me pregunto quien seduce a quien. Me habla, me busca insistentemente, quiere verme todos los días y sin embargo tiene miedo de cualquier contacto físico. Lo más que hacemos es

tomarnos de las manos en el coche y aun así se siente culpable. Piensa que está engañando a Javier y ese solo hecho la excita y a la vez la inhibe.

Estrañamente yo no me siento culpable; sólo resiento la frustración y sigo transitando por su vida con mi deseo intacto en el bolsillo.

No sé porqué volví a llamarla. Había decidido no hacerlo más. Hoy fui de compras y sin darme cuenta busqué un regalito para ella. Es tan especial que me costó mucho trabajo encontrar algo adecuado. El día que la invité a desayunar ni siquiera notó que había sacado mi vajilla de talavera y que había preparado algo muy sofisticado para ella. Sólo dijo que todo estaba riquísimo y se la pasó hablando, como de costumbre. A mí me gusta ser atenta con la gente que quiero, pero con ella parece que no da resultado. Hoy le compré un disco y espero que lo oiga; por lo menos mientras esté escuchándolo va a pensar en mí. Me gustaría que me quisiera, pero a veces siento que sólo soy una aventura para ella.

Ha tenido tantos amantes que seguro que se aburre conmigo. ¿Cómo podría interesarle una mujer como yo, después de haber conocido tanta gente? Para ella hacer el amor es algo tan normal, tan cotidiano... y yo soy una mujer tan frígida. Aunque a veces me siento muy excitada, no es lo mismo estar excitada que tener un orgasmo. Y yo creo que ella tiene orgasmos cada vez que hace el amor. ¿Se habrá acostado con Javier? Oportunidades tuvieron de sobra. No me atrevo a preguntarle, aunque sé ... o tal vez porque sé que me diría la verdad.

No siempre decir la verdad es lo mejor. A veces uno deja de decir algunas cosas y eso no significa que esté mintiendo. Eso fue lo que hice, no le dije que sí, pero tampoco le dije que no. En todo caso es a Javier a quien corresponde contarle o no las cosas que hace. Había un dejo de celos en esa pregunta. En el mejor estilo cínico me reí, la miré a los ojos, le di un beso en la mejilla y le dije muchas cosas que pienso de Javier, pero no le respondí. Besé su rostro con lentitud, los párpados, los pómulos, los labios y después el cuello y los brazos; la sentí más excitada que nunca y seguí recorriendo el universo de su piel hasta que se produjo el goce. Parece que en su cuerpo retumbó como campanazo. Se levantó de un salto y corrió a la puerta. Antes de que yo identificara mi sorpresa había desaparecido entre las sombras de la calle.

Después me reclamó, literalmente, que le hubiera provocado un orgasmo. Para ella era desconocida esa forma de plenitud erótica y sólo atinó a escapar. Hay algo en todo esto que me hace sentir muy halagada. Como lamento no haber podido ver sus ojos ni sentir su mirada. Ahora vamos a estar muy cerca. Me encanta la idea.

Es hora de empezar a aclarar las cosas. Por fin de regreso a casa. Espero poder desahogar rápidamente los pendientes que tengo en México y regresar confiado a Ciudad del Carmen. Por lo menos dos noches que llamé a Blanca no estaba en casa y no sé porqué; por algo no quise preguntarle nada después, pero estoy intrigado. Ya se me pasó la rabia del principio, pero todo esto me preocupa mucho. En realidad, más que preocupado estoy incrédulo. Nunca antes había pasado algo así.

Los aviones nunca salen a tiempo. Quiero verla en el aeropuerto y ojalá que no vaya con los niños. Los hijos separan. Con el primer embarazo acaba la pareja y empieza la familia. Tal

vez si no hubiéramos tenido hijos tan pronto nuestra vida en común habría sido mucho más agradable. No tiene caso ni pensarlo.

Cuando nos casamos éramos los dos muy jóvenes y yo estaba convencido de que nunca me iba a enamorar de nadie. Me casé apasionado, más que enamorado. Con el tiempo fui queriéndola mucho, cada vez más... y cuando festejamos nuestro octavo aniversario yo me sentía más feliz que nunca, completamente enamorado. Pero no hay bien que dure cien años, y ese entusiasmo poco a poco fue disipándose, apagándose paulatinamente.

Yo siempre tan metido en mi trabajo la siento tan distante; ella seguro que podría decir lo mismo. Y el fantasma de una aventura o de un romance que quizás no tenga mayor importancia logra desequilibrarme. Soy un vanidoso y un arrogante; no he sido hipócrita pero me la he pasado engañándome a mí mismo. Quiero que Blanca me necesite, que no sepa vivir sin mí, que me extrañe todas las noches... Soy un egoísta insoportable.

Me pregunto cuánto de todo esto sabe Blanca y qué tanto desea saber realmente. A veces la importancia de las cosas salta en el momento menos imaginado. Apenas la semana pasada me di cuenta de todo lo que me importa mi matrimonio y eso que me sentía más allá de cualquier convencionalismo. Trece años no pueden ignorarse así sin más.

No sé porqué me puse tan nerviosa antes de que llegara el vuelo de Javier. Tenía mucha ansiedad de verlo y a la vez me sentía muy culpable, como si fuera a notar en mi cara que me he acostado con su amiga. Sigo pensando en Sara como la amiga de Javier, cuando podría pensarla como mi amante.

Como hago normalmente cuando estoy muy nerviosa o muy tensa, no dejé de hablar en todo el camino. Le di detalles de los niños, las tareas, las clases de pintura de Paco, los avances de Daniel en el judo, los pleitos habituales entre ellos, las llamadas de

mis hermanas y así sucesivamente hasta llegar a la casa: "he estado tan pero tan ocupada que no he tenido tiempo de acostarme con nadie, mucho menos con tu amiga".

Parecía estar escuchándome, pero sé que a veces es sólo apariencia. Por supuesto quiso hacer el amor y por supuesto accedí, aunque sabía que sería muy difícil. Casi todo el tiempo tuve los ojos cerrados; trataba de no fantasear pero me distraía mucho, aun con detalles tan insulsos como la comida del día siguiente o la fecha límite para pagar la tarjeta de crédito. Ni siquiera me sentí excitada. Esperaba que Javier se cansara pronto, pero traía cuerda. Yo sólo quería dormir y no pensar. No sé qué daría por lograr eso, no pensar.

Es muy distinto hacer el amor con un hombre y con una mujer. Bueno, digamos con Javier y con Sara. Nunca se me habría ocurrido quejarme de Javier como amante; siempre ha sido tan delicado, tan respetuoso de mis negativas, tan atento conmigo, especialmente en la cama, que me siento terriblemente culpable de no sentir nada. Sara en tres segundos logra lo que Javier no alcanza en horas. Es absurda esta competencia que estoy creando entre ellos, lo sé. Pero no entiendo porqué Sara me excita tanto... hasta tuve un orgasmo, lo que jamás he logrado con Javier. La única explicación que encuentro es que soy lesbiana. Suena horrible.

¿Qué estará haciendo en este momento? Casi medianoche. Tal vez está en una fiesta; tal vez con alguna amante... Me cuesta trabajo pensar que está en su casa pensando en mí, que es lo que más me gustaría.

Hacia mucho que Blanca y yo no hacíamos el amor así, sin prisas ni complicaciones. Aunque yo estaba un poco cansado del viaje, en cuanto senti su cuerpo junto al mío me sentí revitalizado. A veces entrecerraba los ojos y no dejaba de sonreír. Fue tan dulce, tan sencilla, tan complaciente conmigo,

que me siento culpable de espaciar tanto estos encuentros de cama. Dos veces seguidas y parecía que aún nos quedaba fuerza para continuar.

Después un rato de silencio. Tuve la intención de encender un cigarrillo, pero también tuve miedo de molestarla. Muchas cosas se quedaron en ese silencio. Quise hablarle de mis dudas, de mi desconfianza, de mis fantasías de que anduviera con alguien... y no pude. Su cabeza en mi hombro, su cabello en mi pecho y su mano en la mía. Cualquier espectador hubiera jurado que se trataba de una pareja terriblemente enamorada. Me pregunto qué hay de verdad en eso. En dos ocasiones ella titubeó y yo pensé que iba a hablar, pero siguió el silencio, creciendo en el cuarto. Mi mente voló a Mérida, junto a los labios carnosos y la excitación inalterable de Judith; ella habría sabido qué decir o cómo reiniciar la entrega de los cuerpos. Blanca estiró el brazo para apagar la luz y alcanzó a rasgar un pedazo de mi vida.

Sé que tengo que hablar con ella o no podré tranquilizarme, pero tampoco quiero forzar ningún momento y aunque parezca contradictorio son pocos los espacios y tiempos en los que Blanca y yo estamos solos. Empecé a decirle que la había extrañado y simplemente no respondió; o tal vez no respondió como yo quería. Habló de sus hermanas y luego otra vez de los niños. Carajo, siempre los niños.

Un compromiso adquirido inconscientemente y que ahora me tiene atado de manos. Es obvio que nunca voy a ser un buen padre para ellos, para empezar paso poco tiempo en casa, pero lo que más me recrimina Blanca es que no puedo representar una figura de autoridad para ellos. Me acuerdo tanto del tirano de mi padre que en algún lugar remoto de mi mente hice el juramento de nunca, NUNCA ser como él. Evidentemente lo he logrado, pero a fin de cuentas es sólo una apariencia, un espejismo. No soy como él pero tampoco soy un buen padre. Me acuerdo el día que Blanca, con toda esa seriedad que le sale cuando hace cuentas o revisa su closet, me dijo, mirándome a los ojos sin pestañear, que jamás iba a ser un padre y ni siquiera un buen proveedor. Me quedé callado, por

supuesto, pero los meses y años que siguieron demostraron que su reclamo iba en serio. Cada vez son más las presiones económicas y menor su entendimiento de mi trabajo, como si lo que yo hago fuera un documento negociable.

A veces hablo de los proyectos, de lo que va a ser la costa dentro de algunos años, pero no cuaja, ningún discurso logra acomodarse en ella. Si tan sólo comprendiera un poco lo que yo hago, estoy seguro de que nuestra vida sería muy distinta.

Y aquí sigo, sentado en la sala recién tapizada, junto al piano, sin entender cómo hemos llegado a esto, tan distinto de lo que yo siempre imaginé... esperando la ceremonia de la comida, sin poder concentrarme en mis lecturas y aturdido por la grotesca imagen de los celos. No puedo desterrarla.

El regreso de Javier me ha dado un respiro. Aunque a veces pienso en Blanca y trato de imaginarme la interacción entre ellos, la mayor parte del tiempo me dedico a mi trabajo y he visto a algunas amigas a las que de alguna manera había abandonado. He hablado con Blanca, pero como ahora sus llamadas son clandestinas, subrepticias, por lo menos tienen la cualidad de ser breves. No sé cuánto tiempo planea Javier estar aquí, pero para mí significa volver a tomar las riendas de mi vida. Qué extraño suena todo esto. Nunca me imaginé que Blanca fuera tan posesiva y tan dominante. ¿Cómo sería la vida de Javier, bajo el mismo techo que ella? ¿Qué pensaría cada amanecer con sus comentarios, sus reclamos, sus presiones? Ahora entiendo con claridad su voracidad viajera. Era el único punto de fuga después de lo sumiso que era en su casa.

Y sin embargo es una personalidad interesante, magnética. Me gusta estar con ella y conversar... me siento reconfortada cada vez que pone sus dotes culinarias en un gesto de atención para mí... me seducen sus profiteroles y sus postres de anís y

menta... me encantan sus besos rabiosos y huidizos. Definitivamente me gusta mucho, pero a veces necesito un poco de distancia, un poco de aire fresco para no sentirme sofocada.

No sé cuánto de todo esto esto sepa Javier y cuánto intuya, pero nuestra última conversación fue un poco tensa. Además hablamos mucho de Blanca y creo que eso puede dar pie a sospechas o suspicacias. Mañana vamos a vernos y estoy nerviosa. La sola idea me hace sentir incómoda, insegura, como si tuviera que resistir un examen difícil o se fuera a pronunciar un veredicto inapelable de moralidad.

Otra parte de mí se siente gozosa, entusiasmada. Tengo muchas ganas de saber cómo van las cosas en el proyecto que empezamos juntos; tengo ganas de verlo desde afuera. También Javier es un tipo interesante, pero hay algo que no acaba de cuadrar en mi sensación de esa pareja. Son tan parecidos y a la vez tan distintos. Quizás algunos centenares de kilómetros han permitido disminuir las diferencias y los puntos de entendimiento común se han prolongado por más de diez años.

Cómo necesitaba una conversación a profundidad con una mujer. Me encanta Sara, con sus manos largas y expresivas, su rostro artificialmente duro y sus palabras rebuscadas. Lamenté mucho que dejáramos de trabajar juntos y ahora lamento que nos veamos tan poco. Me acuerdo mucho de la primera noche que pasamos juntos; aunque hacía años que nos conocíamos ella nunca quiso relacionarse conmigo más o menos en serio y cuando por fin pude organizar todo para estar en el mismo cuarto de hotel se quedó profundamente dormida, exactamente como piedra. Se dejó acariciar y abrazar, pero no respondió ni un milímetro, y sin embargo yo me sentí feliz de haber disfrutado su cuerpo desnudo. Después hubo otras relaciones, pero fue ésa, la primera, la que ha permanecido así, imborrable debajo de mi piel.

Nunca me creyó que la amaba. Se limitaba a sonreír y decía que yo hipervaloraba sus cualidades porque era muy distinta de Blanca. En realidad eso no es cierto. Yo les encuentro hasta cierto parecido físico. Pero tal vez es mejor que las cosas hayan sucedido así; ahora me siento seguro de que Sara y yo siempre vamos a ser amigos.

Es una artista en el arte de la conversación, pero sobre todo me siento escuchado y comprendido. Y luego el silencio cada vez más suave y más extenso, como para dar paso a las caricias. Me dejó llevar. Sara es la única mujer con la que me siento suficientemente relajado como para dejarme llevar. Ella conduce, ella controla. Ella besa, acaricia, aprieta, me hace dar vuelta y sigue acariciando. No tiene límites en mi cuerpo. Soy un instrumento totalmente pasivo en sus manos. Cuando enciende un cigarrillo entiendo que ha decidido concluir el ritual.

Me gusta nuestra relación... tan libre, tan espontánea. Es que Sara es como el agua, imposible de atrapar. Lo que más me llama la atención es que a pesar de lo despistada que es, es muy observadora de ciertos detalles. Me dijo algunas cosas de Blanca que, aunque no me sorprendieron, sí me pusieron a pensar. Parece que poco a poco las cosas van encajando. Estoy seguro de que se han visto más de lo que cualquiera de las dos me ha dicho. ¿Será que Sara está tratando de seducir a mi esposa?

Qué vueltas da la vida. Aquí estoy, cavilando sobre relaciones que no me pertenecen. ¿Qué estoy buscando? ¿Qué quiero demostrar? Yo que me sentía tan libre y tan amante de mi libertad, de pronto me encuentro en la popa, después de haber cedido el timón de mi vida. Ahora sí que no tengo ni la más remota idea del rumbo que tomarán las cosas. Me imagino perfectamente a Blanca interrogando a Javier sobre cada mínimo detalle de la conversación, cada ademán y cada gesto. Lo que no

logró ubicar con sus respuestas.

Entre una idea -pretendidamente racional- de salir en silencio y archivar esta experiencia en la memoria y otra más de hablar por separado con cada uno de ellos y de igual forma salir, parece imponerse la expectativa de esta doble clandestinidad.

Me gustan los dos y al mismo tiempo no quiero interferir en su relación de pareja, en su matrimonio. A veces me hago la fantasía de que lejos de separar puedo convertirme en un elemento de cohesión. Quizás después de estar conmigo puedan disfrutar más su propia intimidad. Bueno, eso es en todo caso lo que me gustaría, pero no concibo semejante apertura en Blanca y quizá tampoco en Javier.

Pienso todo esto mientras fumo despacio, junto al teléfono absurdamente silencioso.

No sé cuánto tiempo va a durar esto. Siempre pensé que yo hacía lo que quería y ahora no sé ni qué quiero, pero sí sé que estoy haciendo todo al revés. A cada segundo siento que Javier me va a descubrir y que se va a poner furioso. Y encima de todo se va a visitarla y regresa hasta las dos de la mañana. Esa noche me sentí como león enjaulado hasta que no pude más y salí a buscarlo. Me estacioné frente a la casa de Sara y vi que había luz en la recámara, pero no distinguía ninguna silueta. También había luz en la sala; los dos se burlaban de mí. Javier negó rotundamente que se hubiera acostado con Sara. No sé si le creo; pero si sólo estuvieron platicando entonces cuántas cosas pudieron decirse en cinco horas. ¿Le habrá contado Sara de lo nuestro? Si hicieron el amor entonces por lo menos tuvieron menos tiempo de hablar, pero Sara es tan buena en la cama que Javier nunca va a querer acostarse conmigo de nuevo. Ella dice que el amor entra por la cama... quizá también por ahí se va. Y ahora los dos callados, ninguno me tiene confianza y yo no lo resisto.

Como quisiera que esto nunca hubiera pasado, pero ya es demasiado tarde. Esta mañana, durante el desayuno, me sorprendí pensando qué bonito sería si pudiéramos vivir los tres juntos y que seguramente Sara se llevaría bien con los niños. Me estoy volviendo loca. Lo mejor es no volver a verla.

El teléfono sonó cuatro veces y colgaron en cuanto contesté, pero a la quinta se oyó una voz ronca y firme "no quiero volver a verte nunca... NUNCA... espero que lo entiendas y me perdones". Clic. Está loca, completamente loca. Seguro que ni ella misma lo cree. Pobre Javier.

Hace días pensaba que tenía que hablar con ella. Me faltaba una s. Blanca y Sara. Ellas. Tengo que hablar con ellas. Mi sospecha original resultó ser cierta. Blanca anda con alguien. Ahora ya lo sé; Blanca anda con Sara... mi amiga, más aun mi amiga de toda la vida. Estoy seguro de que Sara no le ha dicho ni le dirá nunca lo que ha pasado entre nosotros. ¿Porqué se le ocurrió seducir a Blanca? ¿Le excitaba por el hecho de ser mi esposa? De plano que Sara está en otro mundo. Ella no piensa en términos de estructuras y el matrimonio es una estructura. ¿Cómo hacerle comprender que Blanca ya tiene un hombre? Apenas lo pienso y me imagino su carcajada. Yo no tengo nada en contra de las lesbianas, pero que se relacionen entre ellas... qué necesidad de busca mujeres casadas. Tal vez se enamoró de mi esposa; eso puedo entenderlo, pero las cosas no deben continuar. Yo no debo permitir que Blanca se enamore de Sara; no es posible. Sin embargo me tranquiliza que si Blanca deseaba tener un amante se haya encontrado con Sara... relacionándose con otra mujer está

intocado el camino del amor... y a Sara yo la quiero mucho; esto no va a perjudicar nuestro matrimonio. Hoy es un buen día para ir al teatro.

No sé qué va a pasar ahora, después de la noche de anoche. Si alguna vez me imaginé que podríamos estar los tres viendo una película por ejemplo, o simplemente conversando, mis fantasías nunca llegaron a la cama... Los tres haciendo el amor... qué absurdo. Nos gustó la obra; cenamos, regresamos a la casa y parecía que entre ellos dos había mucha más complicidad de la que podía tener cada uno conmigo. Además no sé cómo, pero me di cuenta de que ellos dos ya se habían acostado muchas veces. Me sentí ridícula. Tenía ganas de salir corriendo. Además soy tan torpe. Estoy segura de que en su interior los dos se reían de mí.

Qué extraña sensación. Creo que me gustó mucho haber estado con ellos, pero me desconcertó la lejanía de Blanca, como si no quisiera estar ahí pero al mismo tiempo tuviera mucho temor de irse. Ahora me explico muchas cosas de su sexualidad. Javier no es tan comprensivo como parece y Blanca es extraordinariamente cerrada a cualquier sensación. Le da miedo que el aire la descubra. Pero después de todo creo que estamos abriendo un espacio. Ahora podremos hablar con libertad y sin escondrijos de todo lo que ha pasado. Estoy segura de que los tres vamos a comprenderlo todo y tal vez habrá otros momentos para esta peculiaridad del goce.

Creo que por fin tengo todo bajo control. Ya aclaré mis dudas y seguro que con un poco de cerebro que le ponga al asunto todo estará arreglado en menos de dos semanas. Me siento aliviado. Confirmo lo absurdo que puede ser pensar que las mujeres tienen cinturón de castidad, pero si de alguien se iba a enamorar Blanca, qué bueno que haya sido de Sara. Por lo menos la conozco bien. Me gustó hacer el amor con ellas, pero era obvio que era amor de dos y no de tres. Nada es perfecto. Esta vez me tocó ser el invitado.

No sé si en algún momento podré volver a hacer el amor con Javier. Cada vez es más y más difícil. No dejo de pensar en Sara cuando me acaricia y por supuesto me siento culpable. Me acuerdo de la imagen de ellos dos disfrutando hasta el éxtasis y me excito, pero no puedo con eso. Cómo es posible que me excite ver a mi amante haciendo el amor con mi marido. Ahora la detesto, la odio por todo lo que me ha hecho... por todo lo que me ha hecho vivir y sentir... ya no podré ser como antes. Ya no puedo hacer el amor con Javier y no soporto la idea de ser lesbiana.

Ayer me dijo que no quiere volver a verla. Yo no respondí, pero no sé si logré disimular mi gusto y tranquilidad. Es mejor que todo vuelva a su lugar. Mi egoísmo se muestra ilimitado. Quiero que Sara se dé cuenta de que Blanca es mi esposa y que Blanca se dé cuenta de que Sara es mi amiga. Yo controlo. Yo domino.

Días de silencio. Por fin una llamada y luego un encuentro lleno de reclamos absurdos y satanizaciones inexplicables. Javier habla y Blanca calla y escucha. A cualquier pregunta responde con monosílabos o de plano evade. Es obvio que nadie quiere arriesgar su seguridad y es más fácil poner la culpa afuera que atreverse a analizar las cosas a fondo. La estructura del matrimonio se mantiene incólume, protegida por el miedo y la inseguridad del cambio. Si se trata de culpar y excluir yo no juego. Pueden seguir las palabras hasta el infinito... pueden cerrarse los ojos y la conciencia... Entre el temor y el coraje, entre el resentimiento y el placer prohibido no hay lugar para la verdad desnuda.

Ese silencio resentido se acumuló en horas y semanas. Cada quien habría de asumir su parte y entender las otras... cerramos una historia en la que no nos atrevimos a ganar y preferimos lidiar con las pérdidas.

Terminaba septiembre y la escenografía de la gran ciudad se teñía de un color sepia que evocaba la nostalgia. Los atardeceres eran menos cálidos y la oscuridad empezaba más temprano cada día.